

La soberbia

"Somos la mejor selección del mundo", fueron las palabras de Arturo Vidal antes de viajar a Paraguay y fueron como un escupitajo al cielo que nos cayó en plena cara, mostrando que la arrogancia y la soberbia son malas compañías. De paso genera una sensación de abandono y pesadumbre que será difícil de revertir cuando enfrentemos localías y equipos duros en octubre. ¿Y en Rusia en la Copa Confederaciones? Lamentablemente la individualidad mental termina en perjuicio del equipo y más aún cuando se le da tribuna especial por ser ídolos. De allí al Concejo Municipal y ¿por qué no? Al Parlamento.

No es la primera vez que nos pasa esto, pues no estamos acostumbrados a ganar y pasamos de ser mediocres a lo mejor del mundo y luego lo peor. Es nuestra esencia nacional impulsada por los medios, por la publicidad y la falta de buenos sociólogos que deberían estar detrás de nuestros deportistas o en la base formativa de las escuelas. Recuerdo cuando un medio de televisión consultaba a los oyentes sobre las razones por las que Feña González no le ganaba a Federer. Le imputaban falta de garra, desamor a la camiseta y otras estupideces, a pesar de que el suizo venía ganándoles absolutamente a todos y luego de 7 años aún no para.

Generar expectativas, ilusionar al público con resultados ilusos para luego criticarlos como al regreso de las Olimpiadas son el deporte que practican muchos periodistas deportivos que, si no fuera por todos los que sudan en la cancha o en las pistas no estarían viajando y gozando de los eventos, con enormes coberturas y espacios de lucimiento. Ahí tienen a Becaccesse.

La soberbia está arraigada en nuestra cultura. El que asciende un puesto se cree gallina de palo superior y, muchas veces se olvida de su origen. Profesionales de primer nivel se creen intocables y hablan sandeces, se creen dioses cuando juegan con la medicina, burlan las instituciones evadiendo impuestos, arriesgan vidas con materiales de baja calidad, creen que el estrado es la cima del mundo o se sienten poderosos por dictar leyes.

Todos ellos creen que están en un mundo diferente al real y en el afán de la gloria se olvidan que vivir simplemente es la única manera de llegar al último día de sus vidas. Al día siguiente ya no estarán y a los soberbios nadie los acompaña al camino de su última morada.